

LA CASA DE LOS VENCEJOS

MARTA IBÁÑEZ SOLER

Para Julia, que siempre supo cómo acababa

CAPÍTULO 1

El viento del norte llegó tres días antes que la carta, y mi abuela, que llevaba cuarenta años leyendo el cielo desde el mismo balcón de la calle Mayor, dijo que aquello no traía nada bueno para nadie de esta casa.

La casa tenía tres pisos y ninguno servía para nada. En el primero dormían las visitas que nunca vinieron; en el segundo, mi abuela y su silencio; en el tercero, las cajas que nadie abrió jamás y que acabaron en el camión de la basura sin que ninguno de nosotros mirara qué había dentro.

Recuerdo el olor a cera de los domingos y el ruido que hacía la puerta grande al cerrarse, un golpe seco que se oía desde la plaza y que le servía de reloj a medio pueblo. Cuando la tiraron, mi madre dijo que por fin se había quedado sordo el barrio.

—No lo sé —murmuró ella—. Nunca lo supe, y a estas alturas ya da exactamente igual lo que yo pensara entonces.

Me quedé mirándola. Había algo en su manera de sujetar la taza, con las dos manos, como si el calor fuera lo único que la sostenía en pie después de tantos inviernos iguales.

Mi abuelo murió antes de que yo naciera, así que de él solo tengo una fotografía en la que sale de espaldas, mirando el mismo alero por donde entraban los vencejos. Nunca supe si la guardaban por él o por los pájaros.

—Vete —dijo al fin—. Vete antes de que sea demasiado tarde para todos nosotros.

No contesté. En esta familia las respuestas se dan años después, cuando ya no sirven, y normalmente por carta.



Aquella noche no dormí. Escuché el ruido de las contraventanas contra la fachada y pensé en todo lo que no me había contado nunca, que era casi todo...

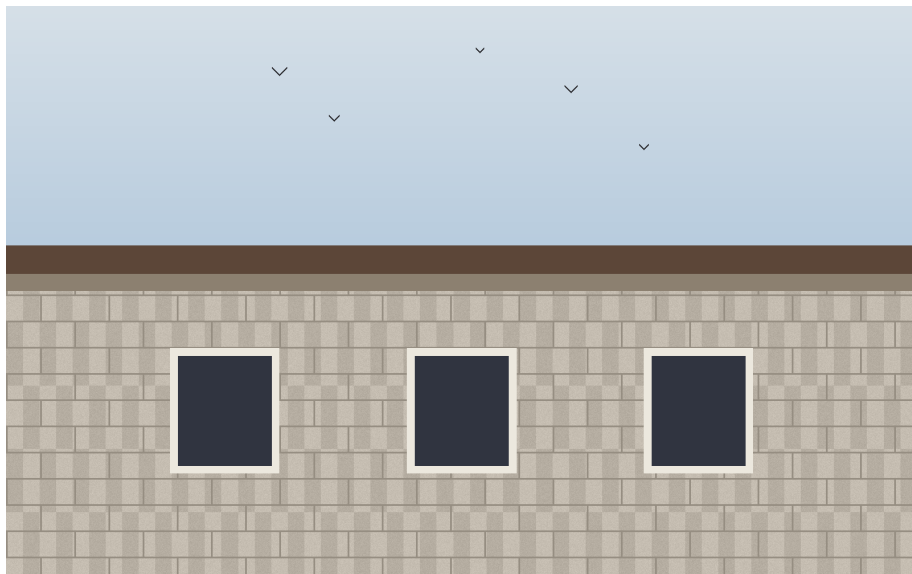
El pueblo entero cabía en catorce apellidos, y todos estaban emparentados de una forma u otra. Por eso las discusiones duraban generaciones y las reconciliaciones no llegaban nunca: no había manera de irse a otro sitio sin dejar de ser quien eras.

Me levanté al amanecer con la sensación exacta de haber entendido algo mientras dormía y de haberlo perdido al abrir los ojos.

CAPÍTULO 2

La estación estaba vacía a esa hora. Un mozo barría el andén con una parsimonia teórico-práctica que me habría hecho gracia en cualquier otra circunstancia, y el reloj de la marquesina llevaba parado desde antes de la guerra.

El tren de Vitoria-Gasteiz llegaba a las 7:40 y eran las 6:15. Tiempo de sobra, pensé, para arrepentirme de las páginas 20-30 de aquel cuaderno.



El alero de la calle Mayor, hacia 1962

Aquel verano había llovido como no llovía en veinte años. El agua bajaba por la calle Mayor arrastrando lo que encontraba y la gente miraba desde los

balcones sin decir nada, como si aquello fuera algo que llevaran mucho tiempo esperando.

«No mires atrás», me había dicho. Y no miré.

—¿Y ahora qué? —preguntó mi hija, que no había abierto la boca en todo el viaje.

No supe qué contestarle. Tampoco ella esperaba que lo hiciera.

De las cartas que encontré, once estaban sin abrir. Las abrí todas en una tarde, sentada en el suelo de la cocina, y no había en ninguna nada que no supiéramos ya. Lo que dolía no era el contenido: era que alguien se hubiera molestado en escribirlas sabiendo que nadie las iba a leer.

—Tu madre era igual —dijo el revisor cuando le enseñé el billete, y siguió andando por el pasillo sin esperar respuesta.

Miré por la ventanilla los mismos campos que había mirado a los seis años, a los quince y a los treinta, y comprobé que seguían sin decirme nada.



Llegamos con dos horas de retraso y nadie nos esperaba, que era exactamente lo que yo había pedido sin decirlo.

CAPÍTULO 3

Volví treinta años después, cuando la casa ya no era de nadie y los vencejos seguían entrando por el mismo hueco del alero, como si el tiempo fuera una cosa que solo nos pasara a los que nos habíamos ido.

Nadie me esperaba en el pueblo, y sin embargo todos parecían saber que iba a venir. Es lo que tienen los sitios pequeños: no guardan secretos, los reparten despacio, uno cada tarde, hasta que no queda ninguno.

—Eres la nieta de Remedios —dijo la mujer del estanco, y no era una pregunta.

Mi madre guardaba las cartas en una caja de galletas inglesas que olía a membrillo. Nunca me dejó abrirla, y cuando por fin lo hice ya no quedaba nadie a quien preguntarle por los nombres que aparecían dentro.

La caja pesaba menos de lo que yo recordaba. Casi todo lo de aquella casa pesaba menos de lo que yo recordaba, y eso fue lo que más me costó perdonarle al tiempo.

—Deberías venderla —insistió mi hija—. No vas a volver.

Tenía razón, y por eso no le contesté.



La última carta decía solo tres palabras, y las tres estaban mal escritas.

Las leí en voz alta, sola, en mitad del salón vacío, y sonaron exactamente igual de mal que si las hubiera escrito yo.

Cerré la caja, cerré la puerta, y me fui andando hasta la estación por la calle de siempre, contando los balcones como cuando era pequeña.

CAPÍTULO 4

El tren de las siete y diez entró en la vía dos con cuatro minutos de retraso, y yo lo vi entrar desde el banco del andén, con la caja de galletas en el regazo y el billete doblado entre dos dedos, y no me levanté. No fue que lo pensara: pasó un hombre empujando un carro de refrescos, me tapó los vagones tres o cuatro segundos, y cuando volví a verlos ya iban despacio hacia la curva y hacia allí siguieron sin mí. Me quedé sentada hasta que el ruido se hizo pequeño y después ninguno, y entonces me levanté, me sacudí el abrigo y eché a andar otra vez hacia el pueblo, contando los mismos balcones al revés. La mujer del estanco estaba bajando el cierre cuando llegué a la plaza. Se quedó con el hierro a media altura, mirándome sin ninguna sorpresa, como se mira a quien vuelve a por algo que se ha dejado dentro.

—Se te ha ido el tren —dijo—. A las seis y media hay otro, y si no, el correo de Vitoria-Gasteiz para a las nueve y cuarto. Yo abro a las ocho, por si quieres un café.

Le di las gracias y seguí calle Mayor arriba con la llave apretada en el bolsillo del abrigo, esa llave que por la mañana había cerrado la puerta y que no había tenido la decencia de pesar más al volver. Entró a la primera, que es lo que tienen las casas viejas: con los desconocidos la puerta se resiste y a los suyos les abre sin hacer ruido. Dentro no había luz. La cortaron el año en que murió mi madre, o el siguiente, y aun así apreté el interruptor de la entrada, como se aprietan los botones de los ascensores parados.

El salón olía a cal y a papel de periódico mojado, y estaba tan vacío que se oía andar. Sabía dónde había estado cada cosa y me fastidió comprobar que las cuentas seguían saliendo: el aparador contra la pared de la izquierda, con

la fuente de la boda que no se usó nunca; la mesa camilla en el centro, con el faldón hasta el suelo y el brasero debajo; la máquina de coser junto al balcón, porque allí entraba la luz hasta las cinco; y en el rincón la radio grande, encima de una carpeta de hule donde la abuela apuntaba las heladas, el invierno de 1955-1956 día por día y en dos columnas. De todo aquello quedaban las marcas en la pintura, más limpias que el resto, y ocho agujeros de escarpia. Una casa se ve mejor por lo que le falta.



Dormí en el suelo, con el abrigo por encima y el bolso por almohada, en el sitio exacto de la mesa camilla, que era el único sitio de la casa donde de pequeña me dejaban estar sin mandarme a otro. El frío del suelo era un frío antiguo, de los que suben y no de los que caen. Antes de cerrar los ojos me dije «solo esta noche», y me lo dije en voz alta, que es como se dicen las mentiras cuando no hay nadie que se las crea.

A las once y veinte me acordé de que no había avisado a nadie. La cobertura en esta casa solo se sostiene en el balcón y con el brazo estirado hacia la calle, así que salí, y mientras marcaba pensé que a Julia el teléfono le sonaría en la cocina, entre platos, y que iba a contestar de pie y con prisa, como contesta siempre.

—Me quedo unos días —dije—. En la casa.

—¿Unos días son cuántos? —preguntó Julia.

—No lo sé —dije yo—. Tres, cuatro... No lo sé.

—Mamá, no me hagas esto —dijo—. Tú no quieres quedarte, tú lo que quieres es... Da igual. El jueves tenemos a la agencia y al del banco, y no pienso llamar yo para decir que mi madre se ha quedado a dormir en el suelo de una casa sin luz.

Colgó ella, o se cortó, que en este pueblo nunca se ha sabido distinguir una cosa de la otra. No volví a llamar. Me quedé en el balcón con el teléfono en la mano hasta que se apagó solo, mirando la calle vacía y las persianas de enfrente, y me acordé de que mi abuela, que se pasó la vida leyendo el cielo desde este mismo hierro, me había dicho «vete, vete antes de que sea demasiado tarde», y de que yo le hice caso durante treinta años con una obediencia

ia que no le habría gustado nada. Hacía frío. Entré y eché el pasador del balcón, que también sabía dónde estaba.

La casa suena de otra manera de noche. Las contraventanas del segundo golpean con el aire y paran, y vuelven, y no llevan compás, de modo que no hay forma de acostumbrarse; en la cocina hay una gotera que cae cada cinco segundos largos sobre algo de metal, y llegué a contar ciento veinte por ver si me dormía y lo que conseguí fue quedarme más despierta. Dormí a trozos, tres cuartos de hora cada vez. Amaneció con el cielo del color de la ceniza mojada, entró por el balcón una luz que no servía para nada y me quedé un rato más en el suelo, boca arriba, con el abrigo hasta la barbilla, pensando que a las ocho abría el estanco y que antes del café iba a tener que decidir algo.

CAPÍTULO 5

La notaría estaba encima de la farmacia, en el mismo portal al que de niña me mandaban a por el jarabe, y para subir había que empujar una puerta de cristal esmerilado con el apellido de un hombre que llevaba muerto desde antes de que yo me marchara. Habíamos quedado a las diez y media y llegamos a y cuarto, porque Julia no aguanta esperar en la calle y yo no aguanto llegar tarde. Nos sentaron en un banco de escay verde, delante de una estantería de carpetas que subía hasta el techo y seguía por la pared de al lado, y estuve un rato calculando cuántas vidas de este pueblo cabían allí atadas con gomas. Don Emilio salió a buscarnos él mismo, con las gafas subidas a la frente y un bolígrafo detrás de la oreja, y me dio la mano mirándome un poco más de lo que se mira a un cliente.

—Tu abuela no subió a esta oficina en su vida —dijo, sin soltarme la mano—. Los papeles se los bajaba yo hasta la puerta, y ni por esas los firmaba.

Nos sentó al otro lado de una mesa demasiado grande para lo que se decide encima de ella y sacó una carpeta con el nombre de mi abuelo escrito a máquina, tachado después y vuelto a escribir a mano. Dentro había una escritura de 1954, un plano en papel cebolla donde la casa parecía más ancha de lo que fue nunca, tres recibos de contribución y una hoja del registro con dos sellos y una nota al margen. Fue pasando papeles despacio, mojándose el dedo, como si no lo hubiera preparado todo media hora antes de que llegáramos. Lo había preparado.

—Aquí figuran tres nombres además del de tu abuela —dijo—. Tu madre, Anselmo y Tomás... A ti no te suenan, ¿verdad?

Anselmo y Tomás. Los había oído nombrar dos veces en mi vida, las dos en la cocina, las dos en voz baja y siempre en un tiempo verbal que no aclaraba si estaban muertos o si no habían existido más que para explicar por qué mi madre no hablaba de su familia. «Tus tíos ya no están», dijo una vez, y no volvió a decirlo. Yo tenía nueve años y entendí lo que entiende una niña a esa edad: que eran dos hombres de una historia que no se contaba, gente de otro tiempo, como los de los libros de los años 1936-1939 que había en el armario de la abuela y que no abría nadie. Treinta años después estaban allí, mecanografiados, con sus dos apellidos y su fecha de nacimiento, ocupando cada uno una cuarta parte de una casa que yo creía nuestra.

—¿Viven? —pregunté.

—Tomás vive. En Tarrasa, o vivía en Tarrasa —dijo don Emilio—. Anselmo murió en marzo, en Bilbao. Les escribí a los dos hace once años, y otra vez hace seis, cartas certificadas y con acuse de recibo. No contestó ninguno.



—Esto no debería contártelo —dijo cuando Julia salió a la calle a llamar por teléfono, y apartó la carpeta con el canto de la mano—. La casa lleva veintitrés años a nombre de nadie. Ni de tu madre, ni de tus tíos, ni del muerto. De nadie.

A nombre de nadie. Lo repitió, y luego se quedó mirando la carpeta como si la culpa fuera suya, de la carpeta. Nadie había subido nunca a firmar: mi madre porque decía que no pensaba compartir una escalera con sus hermanos ni aunque fuera de bajada, Tomás porque estaba en Cataluña y Cataluña, para ella, era sobre todo una manera de no estar, y Anselmo porque contestó una sola vez, a la primera de aquellas cartas, para decir que él ya no era de aquí. Después estaba el ayuntamiento, que en enero había mandado un escrito preguntando por los titulares del número 14 de la calle Mayor, y don Emilio lo giró sobre la mesa para que yo lo leyera del derecho: se hablaba de un inmueble en «manifiesto estado de abandono» y de la posibilidad de incoar un expediente de ruina. Debajo, a bolígrafo y con otra letra, alguien había apuntado el precio del metro cuadrado del solar. Eso no lo

había apuntado el ayuntamiento. Julia volvió a entrar cuando yo todavía lo tenía en la mano.

—¿Y ahora qué? —preguntó Julia, que llevaba una hora sin levantar la vista del teléfono y lo había oído todo.

—Ahora se firma o se deja —dijo don Emilio—. Firmar es caro y lento, y hay que encontrar a Tomás. Dejarlo es gratis, pero las casas vacías se caen solas, y cuando se caen se llevan por delante los papeles, y los apellidos, y...

Salimos a la calle a las doce menos cuarto con una fotocopia de la escritura, un teléfono de Tarrasa apuntado en el reverso y la sensación exacta de haber entrado a preguntar por una casa y haber salido con dos tíos. Julia se guardó el papel ella, doblado en cuatro, y no dijo nada hasta la esquina de la plaza. Yo me quedé un momento en el portal, mirando por el cristal esmerilado el bulto de las carpetas del rellano, y pensé que allí dentro estarían también la de la mujer del estanco y la del cura y la de todos, el pueblo entero ordenado por apellidos, esperando a que alguien subiera a firmar.

CAPÍTULO 6

Las abrí una noche de febrero, sentada en el suelo de la cocina de mi madre, con la espalda apoyada en el mueble de los cacharros y la caja de galletas inglesas abierta entre las rodillas. Seguía oliendo a membrillo, aunque dentro no hubiera más que papel, y nunca he sabido de dónde salía ese olor ni me he molestado demasiado en averiguarlo. No encendí más luz que la del extractor, que es la que enciende uno cuando no quiere que la casa entera se entere de que está despierto. Tardé dos horas en leerlas. Podría haber tardado veinte minutos.

Las once las había escrito mi abuela y las once iban dirigidas a su hermana Amparo, que se fue a servir a Vitoria-Gasteiz a los diecinueve años y ya no volvió al pueblo más que en agosto. Regresaron todas juntas, atadas con una goma, cuando alguien vació el piso de Amparo y no supo qué hacer con ellas. Los sobres venían abiertos, rajados por arriba con el dedo, porque Amparo sí las leyó en su día: lo que estuvo cuarenta años sin abrir fue la caja, no las cartas. Estaban puestas por fecha, de 1957 a 1969. No sé quién las ordenó, si Amparo, o mi madre, o el mismo que las metió en la caja, pero alguien se tomó ese trabajo, y eso también dice algo, supongo.

No hay ningún secreto dentro. Lo digo ya, para no hacerle a nadie lo que me hicieron a mí aquella noche, que fue esperar dos horas una cosa que no llegaba nunca. Contaban el tiempo, sobre todo: que si había llovido tarde, que si el granizo pilló la viña en flor, que si las heladas del invierno de 1962-1963 se llevaron los frutales de la vega y hubo que arrancarlos y quemarlos allí mismo... Contaban los precios con una precisión de contable: lo que costó el kilo de patatas cada uno de aquellos años, lo que se pagó por la

simiente, lo que cobró el hombre que vino a repasar el tejado y lo que había pedido al principio, que era el doble.

Y contaban quién se había muerto. Ahí mi abuela no gastaba una palabra de más: el nombre, la edad, de qué, y si dejaba hijos pequeños. Once cartas dan para nueve muertos, dos de ellos niños, y ninguno ocupa en el papel más de dos renglones. Todas terminaban igual, con la misma fórmula y con aquella letra apretada de los que aprendieron a escribir contando el papel: «por aquí sin novedad». Once veces sin novedad, mientras el pueblo se le iba muriendo alrededor y la hija no venía.

—¿Y ya está? —dijo Julia, que se las había llevado a la cama de la pensión y las despachó en veinte minutos—. ¿Once cartas para decir que llovía?

—Es lo que se escribe la gente que no puede escribirse otra cosa —le dije—. El tiempo, los precios, quién se ha muerto...

—Eso hoy son dos líneas —dijo ella, y apagó la luz de su lado—. Y ni eso.



La séptima carta, la que aquella noche de febrero me hizo levantarme del suelo, es de septiembre de 1963 y es igual que las demás hasta el final. Ocupa una cara y media, habla de la vendimia, de un perro que se envenenó en el corral de los Ochoa y del precio del carbón, que había subido otra vez. Debajo de la despedida de mi abuela, que era siempre la misma, hay una línea escrita a lápiz, con otra letra, más grande, con esa presión de los que escriben poco y aprietan mucho: «dile a la niña que su padre pregunta por eya».

La niña era mi madre, que entonces tenía diecisiete años y llevaba dos en casa de Amparo, y no volvió. Mi abuelo apenas escribía; en el pueblo lo tenían por un hombre callado, que es lo que se dice de los hombres que no saben poner por escrito lo que quieren decir. Le pidió el lápiz a mi abuela, o se lo cogió sin pedírselo, escribió esas diez palabras al pie de una carta que hablaba del precio del carbón y no volvió a coger el lápiz en seis años. No sé si Amparo le dio el recado. Me inclino a pensar que no.

—No hace falta —dijo mi madre la única vez que le pregunté por la caja—. Yo ya sé lo que ponen.

Y no lo sabía, o lo sabía de otra manera. Creo que no las abrió por lo mismo que uno no vuelve a un sitio: porque mientras no vuelvas, el sitio sigue siendo exactamente lo que tú dices que es. Abrirlas era arriesgarse a encontrar justo eso, una línea a lápiz al pie de una página cualquiera, y tener que decidir qué hacía con ella a los cincuenta y tantos años, con su padre muerto desde hacía treinta y el pueblo a cuatro horas de tren. Estuvo cuarenta años sin abrirlas y después se murió. No la perdono. Tampoco la culpo. Me parece que ninguna de las dos cosas me toca a mí.

La última carta es de mayo de 1969 y no llega a carta. Es media cuartilla con tres palabras, y las tres están mal escritas: «Ai qe benir». Mi abuelo se murió en julio. Mi abuela vivió veintidós años más y no le escribió a su hermana ni una línea, o le escribió y esas cartas están en otra caja, en otra cocina, esperando a que alguien se siente en el suelo a leerlas. Cerré la caja de galletas, apagué la luz del extractor y me quedé allí un rato más, que el suelo estaba frío y a mí me daba lo mismo.

CAPÍTULO 7

El coche lo oí antes de verlo, porque en la calle Mayor los motores se oyen desde la fuente y da tiempo de sobra a asomarse. Era el suyo, un utilitario gris que yo había visto aparcado cien veces delante de su portal y que allí, encajado entre la pared de los Ochoa y el bordillo, parecía traído de otra provincia. Julia bajó sin apagar las luces, miró el número catorce clavado en la piedra como quien comprueba una dirección que no acaba de creerse, y solo entonces cerró la puerta. Había hecho las dos horas y media desde Vitoria-Gasteiz sin parar a comer.

Subió los tres pisos detrás de mí y no dijo nada en toda la escalera, que es la manera que tiene ella de decir muchas cosas. Traía el abrigo puesto y no se lo quitó en toda la noche; tampoco soltó las llaves del coche, que le fueron sonando en la mano de habitación en habitación como si en cualquier momento fuéramos a bajar las dos. Yo puse café porque no se me ocurrió otra cosa que hacer con las manos.

—Podías haber avisado —le dije.

—Si aviso, me dices que no venga —contestó—. Y si llamo, no lo coges.

La cocina era la única habitación de la casa en la que se podía estar, con el hule de cuadros que puso mi madre y que nadie se ha molestado nunca en quitar, y sin más luz que el farol de gas que compré el primer día en la ferretería, porque la corriente la cortaron aquí el año en que murió mi madre. Julia se sentó de lado en la silla, sin apoyarse del todo, como quien no piensa quedarse, y estuvo un rato mirando la mancha del techo, esa que baja de la esquina y tiene forma de un país que no existe. Luego sacó del bolso una carpeta de plástico.

—He traído un informe —dijo, y lo dejó encima del hule—. Léetelo entero si quieres, pero con las páginas 20-30 tienes de sobra. Humedad por capilaridad en toda la planta baja, la viga maestra del segundo apuntalada desde vete a saber cuándo, la instalación eléctrica de mil novecientos setenta y dos... Esto no es una casa, mamá. Es una factura con ventanas.

Le dije que no era eso, y me oí decirlo con la voz de quien no tiene preparado el segundo argumento. Porque no lo tenía. Podía haberle hablado del ruido que hacen los vencejos en el alero a las siete de la tarde, o de que en el escalón del primero sigue estando la muesca que hizo mi abuelo para que no resbalara mi madre, y ninguna de las dos cosas se puede poner en una columna al lado de dos mil euros de derrama. Lo que yo veo no cabe en un informe, pero es que tampoco cabe en una frase, y ese es un problema mío y no suyo.

—¿Y tú sabes lo que es crecer oyendo hablar de un sitio al que no te llevan? —dijo, y no levantó la voz, que fue lo peor—. «El año que viene vamos, Julia», decíais. Todos los años. Y no íbamos.

No se me había ocurrido nunca, y esa es la parte que me costó tragar. Treinta años pensando que el pueblo era una cosa mía que ella no había querido heredar, y resulta que para ella el pueblo había sido una habitación con la puerta cerrada al final del pasillo, un sitio del que se hablaba en las comidas con una voz distinta y al que no se iba. Se crió con los nombres de unas calles que no había pisado y con la cara de una bisabuela que solo conocía de una foto de carné. Y ahora venía a firmar la venta de algo que nunca la dejaron ver.

—Tu abuela no quería que vinieras —dije—. Decía que aquí no había nada que enseñar, y yo la creí, que es lo que peor me sienta de todo esto.

—Pues ya ves —dijo Julia—. Tenía razón.

Discutimos hasta que se nos acabaron las palabras, que en esta familia se acaban pronto, y después seguimos un rato con las que ya habíamos usado. No cedió ninguna de las dos. A la una y media bajé la llama del farol hasta que se apagó y nos quedamos las dos a oscuras en la cocina, cada una con su

ico de la casa de al lado, que es lo único que en esta calle sigue funcionando de noche.

Bajé al segundo a por las mantas del arcón, que olían a naftalina y a otra cosa que no supe nombrar, e hicimos las camas en el cuarto que fue de mi madre porque era el único con la ventana entera. Julia no dijo que se quedaba: se descalzó, se metió vestida, con el abrigo doblado a los pies, y a los diez minutos respiraba como respiraba de pequeña, con un silbido corto al final. Yo me quedé despierta oyendo la casa, que de noche trabaja. No arreglamos nada, pero dormimos las dos allí.

CAPÍTULO 8

La mujer del estanco me lo trajo un martes por la mañana, sin avisar, como quien devuelve un paraguas que llevaba meses detrás del mostrador. Yo estaba en la puerta con la llave en la mano, sin haber decidido todavía si entraba, y los vi subir la calle Mayor: ella delante, con el paso corto de quien enseña algo que considera suyo, y detrás un hombre de abrigo bueno que iba mirando los aleros con la cabeza echada hacia atrás. Se llamaba Íñigo. Traía el andar de los que han aparcado lejos porque no conocen el pueblo, y me dio la mano y me dijo que llevaba semanas queriendo conocerme. Lo dijo de verdad, que fue lo peor de todo.

No perdió el tiempo, pero tampoco tuvo prisa. Sacó del bolsillo interior un cuaderno pequeño, con las esquinas dobladas de ir y venir, y me fue diciendo lo que había pensado sin mirarme demasiado, como quien lee la lista de la compra: seis apartamentos, ocho si el tercero daba de sí, la escalera respetada, los balcones como están, porque los balcones son lo que la gente fotografía. En ningún momento dijo oportunidad, ni proyecto, ni futuro, ni ninguna de esas palabras que una espera de un hombre que compra casas. Dijo que la casa llevaba veintitantos años cerrada y que las casas cerradas se caen por dentro mucho antes de que se note desde la calle.

—Yo no vengo a quitarle nada —dijo, y se guardó el cuaderno—. Vengo a preguntarle.

—No sé ni si es mía —le contesté—. Quiero decir que sí, que es mía, pero...

—Del catastro sí lo es —dijo la mujer del estanco, que no se había marchado—. Y del recibo del agua también, que lo he visto yo.

Subimos los tres hasta el segundo y él iba rozando el pasamanos con dos dedos, sin apoyarse, como se toca la espalda de un animal que no es de uno. Midió la cocina con una aplicación del teléfono, apuntó un número, apuntó otro, borró el primero. Delante de la ventana del fondo se paró más de la cuenta y dijo, sin volverse: «esta madera hoy no se paga». Yo pensé en decirle que ahí encima anidan los vencejos desde antes de que naciera mi madre, y que en esta casa los años 1936-1939 se pasaron con la puerta de abajo atrancada por dentro con un aparador del que ya no queda más que la marca en la pintura. No dije nada de eso. Le dije que la ventana daba al norte y que en invierno no había quien parase allí.



El pueblo tardó dos días en enterarse y ninguno en tomar partido. En el bar me pusieron el café sin preguntar y me explicaron, uno detrás de otro, lo que yo tenía que hacer con una casa que no habían pisado nunca: que si esto se muere, que si la escuela cerró el año noventa y seis, que si cada portal que se abre son dos coches más aparcados en la plaza en agosto. Por el otro lado estaba el silencio, que aquí se administra muy bien. La de la panadería me despachó mirándome el hombro y un hombre al que no reconocí se cambió de acera a la altura del número 20 para no tener que decidir si me saludaba.

—En invierno quedamos 15-20 personas —me dijo el del bar, secando un vaso que ya estaba seco—. Los demás vienen en agosto a poner flores y a decir «qué bonito está esto».

—Tu abuela no habría vendido —me dijo una mujer a la salida de misa, sin presentarse, cogiéndome del brazo como si nos conociéramos—. Ni por todo el oro del mundo. Remedios era de otra pasta...

—Mi abuela tampoco pagaba la contribución —le dije.

No me contestó, claro. Se quedó buscando algo en el bolso que no estaba en el bolso, y yo seguí calle abajo con la sensación de haber ganado una discusión que no quería tener, y de haberla ganado además con un golpe bajo, porque la contribución la pagó mi madre durante veintidós años en giros postales de los que no habló nunca. Julia me esperaba en la pensión, a la que nos habíamos mudado el jueves porque en la casa no había agua caliente, con

el ordenador abierto, y no me preguntó nada en toda la tarde. Íñigo había dejado una tarjeta por debajo de la puerta, con el nombre repetido a mano por detrás para que no pareciera una tarjeta. Yo la guardé en el bolsillo del abrigo en lugar de tirarla, y fue eso, y no lo otro, lo que me tuvo despierta.

CAPÍTULO 9

La escalera del tercero es más estrecha que las otras dos, como si el que levantó la casa hubiera dado por hecho que allí arriba no iba a subir nadie con prisa. Subí despacio, agarrada al pasamanos de hierro que mi abuela llamaba la barandilla mala, contando los escalones sin querer contarlos: diecisiete, los mismos de siempre. Arriba olía a polvo caliente y a madera, y a otra cosa que entonces no supe nombrar y que era olor de pájaro.

Las cajas seguían donde las dejó mi madre, arrimadas al tabique y atadas con cordel, con su letra en el costado, esa letra inclinada que parecía tener prisa por terminar la palabra. Ropa, ponía en una. Cocina, en otra. La tercera no ponía nada y fue la única que no abrí. Treinta años dan para mucho pero no para tanto: sube uno creyendo que viene a vaciar un piso y se pasa la tarde sentado en el suelo mirando un cordel.

El ruido venía del fondo, de donde el techo baja tanto que hay que agacharse. Un roce seco primero, como de papel de fumar estrujado, y detrás un chillido finísimo, dos, tres, todos a la vez. Debajo del alero, en el encuentro del tejado con el muro, había un hueco largo y estrecho por el que entraba una cuchilla de luz cargada de polvo. Me arrodillé sin acordarme de que me estaba manchando la única falda que había traído.

Anidan ahí desde antes de que yo naciera. Estaba la paja apelmazada de muchos años, las plumas pegadas al yeso con esa cola sucia que hacen ellos y una mancha blanca bajando por la pared hasta el rodapié. Mi abuela decía, sin darle ninguna importancia, mientras tendía en el balcón, que «esos bichos no se posan nunca, que duermen volando y solo bajan al suelo para morirse». Yo la creí toda la vida y resulta que era verdad, que es lo raro.

Julián subió a las cinco con el metro en la mano y las botas llenas de cal. Había arreglado medio pueblo y supo de quién era yo antes de que se lo dijera; nombró a mi abuelo con una naturalidad que a mí me costó encajar, porque en mi casa ese nombre se decía siempre bajando la voz. Midió el hueco, apuntó números en una libreta de espiral y se quedó un rato largo mirando el alero, con la cara del que trae una noticia mediana y no sabe por dónde empezarla.

—Aquí no se puede tocar nada sin cerrar eso —dijo, señalando el hueco con la barbilla—. Son 15-20 centímetros de nada, pero por ahí le entra el agua, le entra el frío y le entran ellos.

—¿Y si lo dejo como está? —pregunté.

—Entonces no le sirve de nada lo demás —dijo—. Y otra cosa le digo, ya que estamos: vuelven en abril al mismo agujero. No al pueblo, ni a la calle, ni al tejado. A este. Si se lo encuentran tapado dan vueltas dos días, tres...

—¿Y luego? —dije—. ¿Se buscan otro alero?

—No, señora —contestó, y guardó la libreta como si con eso se acabara la conversación—. Se van a morir a otra parte. Hay unos cajones que se ponen, nidales, y algunos entran... pero yo no le voy a decir que sí cuando la mitad de las veces es que no.



Se fue a las seis y yo me quedé arriba hasta que dejó de entrar luz por el hueco, que aquí en junio es tardísimo. Dejó el presupuesto doblado encima de una caja, escrito a bolígrafo y con una falta en cada línea. Había un renglón que decía «cierre de huecos en alero y sellado del encuentro con cubierta» y al lado una cifra que no era ninguna barbaridad: ochenta euros, menos de lo que me había costado el billete desde Vitoria-Gasteiz. Ochenta euros, en el mismo renglón, por las dos cosas a la vez.

Julia me llamó a las nueve y le dije que el presupuesto estaba bien, que era barato, y colgué antes de que me preguntara por qué se me había puesto esa voz. Llevábamos tres días discutiendo por un tejado, por unos metros cuadrados y por un dinero, y resulta que no era de eso. Nunca había sido de eso. Una casa se vende, y si hace falta se tira, y eso lo sabe hacer cualquiera. Me

quedé con el papel de Julián en la mano, con sus dos faltas por línea, buscando el renglón donde viniera el precio de lo contrario. No venía.

CAPÍTULO 10

La cita era a las doce y a las ocho ya estaba vestida, sentada en el borde de la cama de la pensión con el bolso encima de las rodillas, como quien espera un tren en una estación por la que no pasa ninguno. Julia se había levantado antes que yo, cosa que no recuerdo haberle visto hacer nunca, y la oí en el pasillo hablando por teléfono en voz baja, con esa voz de oficina que le sale sin querer y que no se parece a ninguna de las que gasta conmigo. Bajé a desayunar sola. El camarero me puso el café con leche sin preguntarme, igual que los cuatro días anteriores, y me dijo que a mediodía iba a apretar el calor.

Salimos con media hora de sobra y subí por la calle Mayor, que a esa hora tenía la acera partida en dos, una mitad al sol y la otra con el frío de la noche todavía metido en la piedra. Delante del catorce me paré lo justo para que no pareciera que me paraba. Habían quitado el cartel de la inmobiliaria en junio, la semana en que le dije a Íñigo que no y al de Vitoria-Gasteiz que sí, que ofrecía cuatro mil euros menos y no pensaba hacer seis apartamentos, y en su sitio quedaban los dos agujeros de los tornillos y una mancha más clara, del tamaño de un folio, que era lo único que la casa tenía de nuevo. Arriba, en el alero, los vencejos entraban y salían sin ningún orden, chillando como chillan ellos, que parece que se están peleando y no se pelean.

—Podemos subir por la plaza —dijo Julia—. No hace falta pasar por delante.

—Sí hace falta —le contesté, y no le expliqué por qué, entre otras cosas porque no lo sabía.

La notaría era la misma de la primera vez, encima de la farmacia, con su banco de escay verde, su pared de carpetas subiendo hasta el techo y un reloj

que se oía, y esta vez don Emilio no salió a buscarnos: nos hizo pasar la chica del mostrador y él ya estaba sentado, con la escritura hecha. Lo de la herencia se había arreglado en julio, con Tomás firmando por poderes desde Tarrasa y con los hijos de Anselmo, a los que no conozco y a los que no he visto nunca, firmando en Bilbao. El comprador ya estaba allí; había salido de Vitoria-Gasteiz a las nueve, según dijo dos veces, y era un hombre de mi edad con una carpeta de plástico azul y las manos muy limpias. Su abogada llevaba unas gafas colgadas del cuello y trataba a todo el mundo de usted. Julia les dio la mano a los dos, se acordó de sus nombres, preguntó por el aparcamiento, y a mí me sentó en la silla del medio como si la que se hubiera perdido fuera yo.

—Mi mujer es de aquí, de la parte de abajo —dijo él, por decir algo mientras esperábamos—. Veníamos en agosto, cuando los críos eran pequeños... Ya no viene nadie en agosto.

El notario leyó la escritura entera con una voz sin subidas ni bajadas, como quien pasa lista. La finca urbana, la referencia catastral, los metros de fachada, las tres plantas y el patio de luces, la obra levantada entre 1927-1929 según constaba en el título anterior, los linderos por la derecha entrando y por la izquierda saliendo, y aquella fórmula que repitió dos veces, «libre de cargas, gravámenes y arrendatarios», que a mí, no sé por qué, me sonó a las cosas que se dicen en los hospitales cuando ya no hay nada que hacer y se llaman de otra manera. Todo el rato pensé que era una lectura muy larga para una casa que no servía para nada.

—¿Tienen alguna pregunta antes de firmar? —dijo el notario, y levantó la vista por primera vez.

—Ninguna —dije, y me di cuenta de que había tardado en contestar exactamente lo que se tarda en pensar otra cosa.

Mientras él ordenaba los folios y les daba dos golpecitos contra la mesa para igualarlos, me acordé de la caja de galletas, que estaba en la pensión dentro de la bolsa, debajo del jersey azul, con las once cartas otra vez dentro y la tapa puesta. En ninguno de aquellos papeles aparecía nada de aquello: ni la caja, ni las tardes en que mi madre no la abría... En la escritura la casa eran

ciento noventa y dos metros cuadrados, y estaba bien que fuera así, porque eso es lo único que se puede vender.

Las llaves las llevaba yo en el bolso desde el martes, en el llavero de cuero que había sido de mi madre y que huele todavía a bolso de mi madre. Las saqué en la sala de espera para comprobar que estaban, y el comprador las miró de reojo y dijo, por decir algo, que «de todas formas la cerradura hay que cambiarla, con los años que tiene», y tenía razón. Las volví a guardar, porque las llaves se entregan al final, eso hasta yo lo sabía. Antes, sin pensarlo demasiado, había sacado del aro la llave pequeña, la del portal viejo, la que no abre nada desde que pusieron el portero automático, y me la había metido en el bolsillo del abrigo, donde no hacía bulto ni falta.

Entonces el notario me acercó la escritura, giró el bolígrafo para ofrecérmelo por el lado bueno y me señaló con el dedo el sitio, al pie de la última hoja, donde tenía que ir mi nombre. Por la ventana se veía un trozo del tejado de la farmacia y encima un cielo blanco de calor, y pasó un vencejo, y luego otro, y luego ya no me fijé más. Julia había apartado un poco la silla, lo justo para no verme la cara o para que yo no le viera la suya. Cogí el bolígrafo, le quité el capuchón y lo dejé encima de la mesa, a mi derecha, bien colocado, donde no estorbara a nadie.

Epílogo

De la casa no queda más que el número, el 14, todavía clavado en la piedra junto a lo que fue la puerta. Lo demás se lo llevaron el ayuntamiento y los años, en ese orden.

Los vencejos, en cambio, volvieron en abril como vuelven siempre, sin preguntar de quién es el alero.